

¿Por qué es tan baja la tasa de paro en Alemania?

Pedro Raya Mellado

Evolución del esfuerzo para la adquisición de vivienda en España

Ángel María García Gómez

Mercado vs. Estado: ¿Nueva etapa del capitalismo o de un socialismo selectivo?

José M. Domínguez Martínez

Mercado vs. Estado: ¿Nueva etapa del capitalismo o de un socialismo selectivo?

José M. Domínguez Martínez

Resumen: El propósito de esta nota es inducir una reflexión acerca del proceso de recomposición sistémica de los vínculos entre el Estado y el mercado a raíz de la reciente crisis económica y financiera internacional.

Palabras clave: Mercado, Estado, capitalismo, socialismo selectivo.

Códigos JEL: P51, P10, P20.

Capitalismo y mercado, mercado y capitalismo. Son dos términos omnipresentes en el lenguaje económico que, habitualmente, se utilizan como sinónimos, como conceptos intercambiables. Sin embargo, se trata realmente de aspectos diferentes que responden a dos criterios distintos para clasificar y tipificar los sistemas económicos: de un lado, la naturaleza, pública o privada, de los medios de producción (socialismo frente a capitalismo); de otro, la forma elegida para adoptar las decisiones económicas (autoridad frente a mercado). La combinación de los dos criterios da lugar a cuatro arquetipos de sistema económico, que, de forma más o menos pura, han conocido manifestaciones concretas a lo largo de la historia: economía capitalista de mercado, economía capitalista de dirección central, economía socialista de mercado y economía socialista de planificación central.

La anterior clasificación refleja cuatro modelos de referencia, pero con el inconveniente de establecer categorías absolutamente estancas que no se corresponden exactamente con la evolución de los sistemas económicos reales, que presentan, más bien, un carácter mixto, más o menos cercano a alguno de los arquetipos básicos. A este respecto, aun cuando las economías de los países occidentales desarrollados son tipificadas como capitalistas de mercado, existe una significativa presencia de recursos de propiedad pública y el Estado desempeña un papel muy relevante en la actividad económica, a través de un amplio elenco de intervenciones de carácter regulatorio, tributario y de programas de gasto público.

Las economías capitalistas del siglo XXI son bastante diferentes de las existentes en el siglo XIX.

El capitalismo puede, en este sentido, caracterizarse como un sistema social adaptativo que muta y evoluciona en respuesta a un entorno cambiante. Cuando se ve seriamente amenazado por una crisis sistémica, emerge una nueva versión que se adapta al nuevo entorno y sustituye al esquema anteriormente vigente. Así, como ha destacado Anatole Kaletsky, los acontecimientos del período 2007-09 pueden concebirse como el catalizador para la cuarta transformación sistémica del capitalismo, comparable a las generadas por las crisis de los años setenta y treinta del pasado siglo, y por las guerras napoleónicas de 1803-15. En la nueva versión del capitalismo (denominada versión 4.0) parece ineludible que la división de responsabilidades entre los sectores privado y público, de perfil variable en el tiempo, haya de replantearse.

Precisamente la diferente relación entre mercado y gobierno puede emplearse para delimitar las diferentes fases del capitalismo: 1) capitalismo 1 (1776-1920s): la intervención del sector público en la economía se considera estrictamente de último recurso y debe quedar limitada a las funciones básicas para el desenvolvimiento de la actividad económica; 2) capitalismo 2 (1930s-1970s): la economía se convierte en una rama de la política y el Estado asume un papel relevante en la conducción económica, ampliando sustancialmente su radio de actuación; 3) capitalismo 3 (1970s-2007): la política se convierte



en una rama de la economía, en la que el mercado retoma el protagonismo perdido.

En contraste con las visiones dominantes en las fases 2 y 3, en las que gobierno y mercado encarnaban, respectivamente, la corrección, en la nueva etapa del capitalismo tanto uno como otro se consideran instancias que presentan fallos en sus actuaciones, en un mundo mucho más complejo e impredecible de lo que se suponía.

A fin de proporcionar un análisis y una guía útiles en los años venideros, el nuevo pensamiento económico deberá satisfacer, según Kaletsky, tres condiciones: a) reconocer que una economía de mercado no es un sistema estático en equilibrio, sino que está en continua evolución; b) el gobierno efectivo y la empresa privada dinámica son simbióticos, no mutuamente excluyentes; c) deberá centrarse en la impredecibilidad inherente al comportamiento humano y a los hechos económicos. En lugar de usar supuestos sobresimplificados para crear modelos económicos que no guardan relación con la realidad, los economistas habrán de reabrir su campo a una diversidad mucho más amplia de enfoques analíticos.

En los próximos años, el sector público deberá hacer frente a una serie de riesgos económicos, monetarios y financieros en la conducción de la política económica. Ante un panorama complejo, el gobierno deberá expandirse y contraerse al mismo tiempo. La paradoja política central del capitalismo 4.0 consiste en que un mayor papel para el sector público en la gestión macroeconómica y la regulación financiera habrá de ser combinado con un sector público menos ambicioso en otros apartados y menos costoso. La sociedad deberá plantearse cómo cubrir los derechos para la prestación de servicios de salud y de educación y la percepción de rentas en la etapa de jubilación. Los recortes en determinados programas

de gasto público y el aumento en los impuestos aparecen como opciones inevitables. La experiencia reciente demuestra que esto no es una mera cuestión retórica, sino una senda que ha sido ya emprendida en diversas latitudes.

Son, no obstante, distintas las posturas respecto al papel del sector público en la economía. Una hipotética representación gráfica simple puede ser de utilidad para clarificar las posiciones en liza: en el eje horizontal se recogería la extensión y el alcance de la intervención del sector público; en el vertical, la eficacia de dicha intervención. Cuatro grandes áreas o cuadrantes pueden perfilarse cuando combinamos los dos criterios: a) limitada intervención-baja eficacia; b) amplia intervención-baja eficacia; c) limitada intervención-alta eficacia; d) amplia intervención-alta eficacia.

Desechando de entrada las dos situaciones de baja eficacia (no descartables en la práctica), el debate sobre el modelo de Estado se focaliza entre un sector público centrado en las funciones esenciales y otro con funciones más amplias en la triple vertiente asignativa, distributiva y estabilizadora. Los detractores de este último modelo señalan que la ampliación de la esfera de actuación tiende a provocar que no se ejecuten bien las funciones asumidas, ni siquiera las básicas; sus partidarios, en cambio, lo consideran imprescindible para asegurar unas cotas adecuadas de justicia, prosperidad económica e igualdad.

Las dificultades por las que atraviesa el sector público de manera generalizada han introducido ineludiblemente el concepto de sostenibilidad en las finanzas públicas y la necesidad de incrementar la eficiencia en la utilización de los medios disponibles. Hoy día ni el sello público ni el privado garantizan la mejor administración de los recursos; ninguno de los sectores tiene la exclusiva de la excelencia en la gestión, como tampoco el monopolio del fallo en la actuación.

Por lo que respecta al sistema financiero, su carácter indispensable para la economía moderna le otorga un rango especial. No faltan quienes defienden el otorgamiento de garantías públicas implícitas a las entidades de crédito, a pesar de los inconvenientes de «riesgo moral» que llevan aparejados, a fin de preservar la estabilidad económica. Como contrapartida de las garantías públicas a las entidades financieras, se propugna el reconocimiento de los contribuyentes como *stakeholders* en todas las instituciones bancarias, a través de fórmulas impositivas. Otras posiciones abogan directamente por nacionalizar el sistema bancario, convirtiéndolo en un



servicio público coordinado a escala internacional. Dicho socialismo selectivo, limitado a la vertiente financiera, tendría que afrontar la exigente prueba de operar dentro de un sistema globalizado y liberalizado, en el que circulan enormes flujos de capitales regidos por intereses privados que alimentan el circuito financiero mundial.

Ese mundo está sujeto a la permanente actuación de fuerzas contrapuestas. Para autores como Kalletsky, aunque el futuro será siempre impredecible y ambiguo, y nadie pueda proclamar algo con certeza, una lógica inexorable tanto en el capitalismo como en la democracia parece favorecer la autosuperación frente a la autodestrucción. Esta lógica implica que el progreso económico, el consenso político y la evolución sistémica son inherentemente más probables que el colapso económico y la desintegración social. Otros analistas se preguntan, por el contrario, si el capitalismo puede estar agotando su capacidad para crear unas mejores condiciones de vida, al menos en el caso de los países ricos, y si, una vez alcanzados altos niveles de riqueza, merece la pena seguir incurriendo en los costes inherentes al capitalismo. A este respecto, Robert Skidelsky llega a proclamar que quizás el socialismo no logró ser una alternativa efectiva al capitalismo, pero sí puede ser su heredero, no desposeyendo a los ricos de sus propiedades, sino aportando motivaciones e incentivos para un

comportamiento que no esté conectado con una acumulación adicional de riqueza.

En definitiva, el debate está servido. El modelo de Estado que prevalezca tendrá enormes consecuencias para el bienestar de los ciudadanos y la forma en que se distribuya entre éstos. Los dramáticos episodios vividos recientemente en diversos países europeos han puesto de manifiesto de una manera contundente que ni siquiera un Estado puede actualmente eludir la restricción presupuestaria intertemporal: dentro de un horizonte temporal dilatado, el sector público ha de tener suficiente solvencia para hacer frente a todos sus compromisos de gasto. La sociedad ha de estar dispuesta, en suma, a aplicar el sistema impositivo necesario para sustentar los programas de gasto público.

Unos gobiernos con un poder difuminado en algunos ámbitos y con menos grados de libertad para la aplicación de sus políticas tributarias, convertidos en el foco de múltiples demandas de actuaciones, no tienen más remedio que reinventarse a sí mismos. Los procesos de «reingeniería» no podrán tardar en ponerse en marcha ante la magnitud de los retos sociales. «Estamos en una transición desde un gran estado a un pequeño estado, y desde una pequeña sociedad a una gran sociedad». Al leer una frase como la anterior tal vez podríamos pensar que corresponde a un representante de algún partido conservador. Sin embargo, para nuestra sorpresa, como señala la revista *The Economist*, se trata de un reputado funcionario chino, distinguido por su contribución a la innovación gubernamental.

Quizás no sea más que un síntoma de que nos adentramos en una época en la que la sociedad y la economía tenderán a acentuar su carácter híbrido: ante una realidad tan compleja y cambiante, puede que cada vez tenga menos sentido apelar a compartimentos estancos en la clasificación de los sistemas económicos. Axiomas hasta ahora indiscutibles están llamados a dar paso a una mayor humildad intelectual.